



acabaron con desercion de gran parte. Galvez, que no carecia de prudencia, apaciguó al vi- rey y á Villalba, y cediendo á las instancias de muchas personas principales, aplazó la ejecu- cion de las medidas proyectadas por Carrasco. Pero, apresurándose el cumplimiento de estas por nuestro gobierno, y establecidas aduanas segun el nuevo sistema, estalló el descontento popular de un modo muy alarmante, declarán- dose sublevaciones en varios puntos de América á la vez: en Quito, fueron despedidos los empleados y ofrecida la corona de la provincia á uno de los principales agitadores; en Méjico, fueron expulsados Galvez y sus compañeros, muy maltratadas nuestras tropas por el paisa- naje armado, y demolidas las nuevas aduanas; hasta en la isla de Cuba, con motivo de una contribucion sobre el tabaco, se exasperó el pueblo y destruyó una gran parte de las plan- taciones. Quedaron estas comociones conteni- das, pero no sofocadas, habiéndose el gobierno detenido en su marcha, y aflojándose sobrema- nera los lazos de connacionalidad y subordinacion que unian á nuestras colonias con la me- trópoli.

A estas alteraciones sucedió otra promovida en el centro mismo de la monarquía. Rayaba tan alto la impopularidad de Esquilache, efecto de su procedencia extranjera y del poco cono- cimiento que tenía de nuestros gustos y carác- ter, que no se proveía por él medida alguna de que no se originasen una porcion de murmu- raciones. Entre muchas disposiciones, unas de- sacertadas, otras útiles, pero todas respirando cierto desprecio á nuestras cosas, ordenó que se limpiasen y alumbrasen las calles, que no lle- vasesen los vecinos armas ocultas, y que se su- primiesen las antiguas capas y chambergos, que aquellas por su vuelo y éstos por sus an- chas alas, favorecian al criminal y al revoltoso, ocasionando una especie de disfraz. Todas es- tas providencias eran dictadas indudablemente por un espíritu de mejora; pero el público se revolvió contra ellas, tanto porque de este modo se ponía cierta cortapisa á sus diversiones y galanteos, cuanto porque se procedió á su eje- cucion de una manera inoportuna y violenta, sin respetar, áun al destruirlas, las antiguas

costumbres, ni evitar con suave tacto la pública exasperacion. Aumentó ésta el mismo Esquila- che, concediendo el monopolio de la provision del pan, aceite y otros artículos de primera ne- cesidad, para Madrid, con lo cual subió des- medidamente el precio de dichos géneros. A pe- sar de ser este el motivo más poderoso, la su- presion de las capas y chambergos fué el pre- texto para la insurreccion que estalló en la capital el domingo de Ramos, dia 26 de Marzo de 1766. Reunióse un gran tumulto delante de la casa de Esquilache, pidiendo á grandes gri- tos su cabeza, rompiendo los faroles de las ca- lles, y matando á muchos de los soldados ex- tranjeros, conocidos con el nombre de walones, que procuraban apaciguar á la plebe. Duró es- ta descompostura toda la noche de aquel dia y la mañana del siguiente, con gran consterna- cion de la córte y del mismo monarca, el cual tuvo al fin que transigir con el pueblo, y pro- meterle la destitucion de Esquilache, la aboli- cion del decreto sobre las capas y chambergos, y la del privilegio de provision de que ya se ha hecho mérito. Proclamóse una amnistia ge- neral, el rey fué saludado con grandes aclama- ciones, y el motin parecia apaciguado del todo.

Una circunstancia lo hizo renacer muy en breve: Carlos III, temeroso sin razon de lo que pudiera acontecer con gente que acababa de desmandarse con tanta resolucion, y airado además por haber tenido que ceder á las exi- gencias del populacho, salió á media noche para Aranjuez con su familia, Esquilache, sus guar- dias y muchas personas de la servidumbre real. Los soldados walones los siguieron con el mis- mo sigilo. Este paso cobarde fué interpretado de mala manera por el pueblo, que creyó vio- lada la capitulacion que acababa de concluir; renovóse el tumulto, que duró cuarenta y ocho horas, sin que (cosa notable) en todo este tiem- po cometiera el populacho muertes ni destro- zos, limitándose á gritar ¡Viva el rey y muera Esquilache! á hacer descargas de fusilería sin bala con las armas de que se habian apoderado en los cuarteles, y á destrozar con exquisita ferocidad los cadáveres de los walones que quedaron del motin anterior.

Diputóse á Aranjuez un cochero, elegido en-



tre los principales alborotadores, para que, con autoridad de representante del pueblo, fuese á exigir del rey que volviera á Madrid y cum- pliera lo estipulado en la capitulacion. Fué re- cibido con singular miramiento por la córte el grosero enviado, y en la respuesta que trajo por escrito se expresaba que el retorno del rey era imposible á causa del quebranto de su sa- lud, y se anunciaba la dimision de Esquilache y el nombramiento de D. Miguel Muzquiz para el ministerio de Hacienda. Con esto el pueblo se apaciguó, trocando su aparato de furor en desmedidas muestras de regocijo, entregó las armas, pagó por conducto de sus jefes los po- cos daños que habia hecho, y la revolucion no dejó tras sí más huellas que el recuerdo de ha- berse turbado la tranquilidad pública por al- gunas horas, y el desprestigio de nuestro go- bierno transigiendo como débil, huyendo como cobarde y humillándose como derrotado. Car- los III permaneció por algun tiempo en Aran- juez, y áun habló de trasladar la córte á Sevi- lla; pero Grimaldi logró disuadirlo con un ar- gumento singular: díjole que, habiendo en Castilla abundancia de palacios, en los cuales se habian invertido considerables sumas, no debian éstas desperdiciarse por el desuso de aquéllos, ni apurar el tesoro para las nuevas construcciones que exigiria en Sevilla su per- manencia. Efectuóse el mencionado trasiego de ministros: Grimaldi quedó en el poder, si bien in- timidado con el suceso de su colega, que de aquí en adelante se descartó de figurar cuanto pudo.

Aquel motin tuvo consecuencias mediatas de más importancia que la que el hecho en cues- tion prometia. En primer lugar, Carlos III, que siempre fué muy celoso de su autoridad, que- dó tan desabrido con aquellos alardes de sus vasallos, que su carácter varió de todo punto, y se hizo más austero, tímido y suspicaz que antes. Además, la especie de orden que habia reinado en el anterior motin; lo enfrenada que estuvo en medio de sus expresiones la cólera popular, el desinterés de que habia dado mues- tras la turba en lo más crítico de su eferves- cencia, todo esto le hizo pensar al monarca que se habia movido en aquel lance la mano de altos y misteriosos agentes.

Sospechó del partido francés; sospecha des- provista de buen fundamento. El marqués de la Ensenada, objeto tambien de cavilaciones, fué desterrado de la córte á Medina del Campo, donde permaneció algunos años hasta su muer- te. Algunas otras desgracias patentizaron aún la sombría cólera del monarca. Pero el hecho de más cuantía que surgió de esta situacion de su ánimo; el hecho de que con más variedad de pareceres se han ocupado los historiadores, y que hasta por su importancia á darle carácter al reinado en cuestion, fué la expulsion de los jesuitas. La decision que la determinó, y de la que vamos á ocuparnos brevisimamente, si bien ocasionada tambien por otras causas de más recóndito origen, tuvo sin duda raíces en el motin suscitado contra Esquilache.

No faltaron personas graves que atribuye- sen á la Compañía de Jesús mucha parte en este movimiento sedicioso. Aquella, expulsada ya de Portugal y de Francia, como corporacion opuesta al espíritu de la época y bastante po- derosa para hacer sombra á los gobiernos, se hallaba en nuestra nacion muy crecida en nú- mero, riquezas y poderío. No profesaba Carlos mucho afecto á los jesuitas, por varias causas, y entre otras porque éstos, siendo él aún rey de las Dos Sicilias, habian seguido la parte de Fernando VI, cuando medió rivalidad política entre los dos hermanos. Además, la Compañía de Jesús, cuerpo demasiado poderoso y temible por su sólida union y por su egoismo colectivo, habia suscitado contra su influencia gran nú- mero de adversarios, entre ellos los individuos de las órdenes religiosas, que se rebelaban con- tra su desmesurado prestigio: la opinion tam- bien se habia declarado en su contra, tanto más cuanto que desde el advenimiento de los Borbones los destinos de España se habian visto siempre confiados á miembros de aquella so- ciedad, tales como Daubenton y Rávago. Em- pezaron á formarse nubes de odio contra los jesuitas, los cuales con su conducta temeraria las provocaron en lugar de desvanecerlas. Mur- murábase de sus grandes riquezas, de sus am- biciosos proyectos, de sus conjuraciones abor- tadas, y acumulábanse con este motivo récias acusaciones, que no por llegar á un extremo de



exageracion dejaban de tener algun fundamento. Fermentadas estas hablillas con las opiniones filosóficas, á la sazón muy en boga por todas partes y no extrañas en nuestra Península, fueron subiendo de punto, y cundiendo del pueblo á los gobernantes. Era uno de éstos don Manuel de Roda, nombrado ministro de Gracia y Justicia en 1763, por muerte del marqués de Campo Villar, y gran aborrecido del tribunal de la Inquisición y de la Compañía de Jesús: no lo eran ménos el conde de Aranda, presidente del Consejo Real, Campomanes y el padre Tavira, capellan del rey.

Estos fueron los instigadores del golpe que se dió contra los jesuitas: empezó la lucha con la ocasion de haber pretendido Carlos III que se canonizase al obispo Palafox y á un donado conocido con el nombre del hermano *Sebastian del niño Jesús*, que habian muerto en olor de santidad, pretension que esquivaron en Roma por influencia, segun se dijo, de los jesuitas. Atribuyóse igualmente á éstos la sedición de Madrid, y recordóse la insurrección que habian fomentado en las misiones del Uruguay, para estorbar la cesion que de ellas quiso hacer nuestro gobierno á los portugueses. En fin, formóse contra los discípulos de San Ignacio nada ménos que una conjuración por parte de los gobernantes, y el conde de Aranda fué el encargado de dar el golpe: era éste un hombre arrebatado y resuelto, aunque franco y honrado, no de tanto mérito como han querido atribuirle algunos, si bien en ciertas ocasiones le obligaba á hacer esfuerzos su misma vanidad. Empeñóse, pues, el conde de Aranda en el asunto, escudada su responsabilidad con un real decreto, y lo llevó á cabo con tanto sigilo, que nadie presintió el amago antes de que las víctimas hubiesen experimentado el golpe. El día 31 de Marzo en Madrid, y le 1.º de Abril en los demas lugares de España, fueron á las doce de la noche sorprendidos todos los jesuitas en sus conventos, y previa lectura del decreto á que se ha hecho alusion, expulsados inmediatamente de los dominios españoles, sin permitirseles llevar á cada uno de ellos más que su breviario y los efectos de más absoluta necesidad.

Salieron de España en gran número los infelices desterrados, poco ha tan pujantes, y empezaron á sentir por mil maneras la amargura de su posición. La escuadra que los conducía zarpó de Cartagena y aportó á Civitavecchia, donde el papa se negó á recibirlos prestando la exigüidad de sus recursos para hacerse cargo de aquella gente desvalida. Fueron con esto los jesuitas provisionalmente establecidos en Córcega, hasta que recibieron de Carlos III la asignación de un pequenísimo socorro, y del pontífice á consecuencia del permiso de establecerse en sus dominios. Pasado el hecho, murmuró de él la gente, y aún dicen que se manifestó tan adversa la opinión pública contra aquella disposición de nuestro gobierno, que hay quien diga que una vez que Carlos III se mostró á su pueblo, éste le dirigió en lugar de vivas, súplicas para que volviese á llamar á los jesuitas. La Santa Sede asimismo desaprobó aquel duro proceder; pero cuidóse tan poco de aquella desaprobación nuestro monarca, que en vez de pensar en ponerse bien con el papa, movió de allí á poco sus armas contra él, para castigarlo por las censuras que habia fulminado contra el duque de Parma, y unidos los Borbones, se apoderó el francés de Aviñon y el napolitano de Benevento: con lo cual amedrentado el pontífice, que á la sazón, por muerte de Clemente XIII, lo empezó á ser Clemente XIV, retiró sus censuras contra el de Parma y consintió en la abolición de la Compañía de Jesús. Tales fueron las principales consecuencias políticas que acarreó la expulsión de los jesuitas, medida cuya conveniencia no nos meteremos á discutir, pero que de todos modos fué llevada á cabo de una manera harto despótica y rigurosa.

Coincidió con dicha disposición una suma de providencias destinadas á menguar la autoridad del Santo Oficio; resultando de la general disposición de los ánimos, contra el ultramontanismo y la potestad de los eclesiásticos, y las raíces que habian echado las modernas doctrinas filosóficas, especialmente abrigadas por el ministro español, conde de Aranda, á quien se debieron á la verdad muchas importantes mejoras. Abatiéronlo al fin los enemigos que le habian suscitado su genio áspero y al-



gunas de sus disposiciones: empezó el monarca á mirarlo con despejo, y por fin admitió su dimisión con gran regocijo de su rival Grimaldi. Siguió el conde de Aranda preocupado con la política palpitante hasta que, reducido por algun tiempo á prision de resultas de una disputa que habia tenido con el conde de la Alcadia, aprovechó el recobro de su libertad para restituirse á su país natal, donde murió en 1794. Grimaldi, despues de haber enviado contra Argel una expedición, frustrada con gran pérdida para nosotros, cayó tambien del ministerio, y salió de España para desempeñar nuestra embajada en Roma.

La caída de Grimaldi, determinó el encumbramiento del célebre conde de Floridablanca, recién decorado con este título: era hombre dotado de mucho despejo y de buenas intenciones, segun más adelante tuvo ocasion de darlo á conocer.

En gracia de las circunstancias tuvo que adoptar una política guerrera: halló la hacienda y la administración de todos los ramos en muy buen estado; el ejército muy mejorado por el conde de Aranda, y arreglado segun el sistema prusiano, con gran disgusto de algunas personas superficiales. En cuanto á los asuntos exteriores, veamos cuál era su estado: Francia, en pugna con la Gran-Bretaña, tendía á envolver á España en las mismas enemistades, y nuestra nación á la verdad no se mostraba muy reacia para obedecer á este impulso. Ya habian mediado entre ingleses y españoles algunas querellas y hasta violencias en nuestras posesiones americanas, y el punto de rompimiento de las hostilidades parecia ya sólo cuestion de tiempo. Con Portugal seguian nuestras largas querellas sobre las colonias: con motivo de una agresión del gobernador de Buenos-Aires, los portugueses acometieron á mano armada nuestros dominios trasatlánticos, lo cual suscitó una réplica vigorosa por nuestra parte: en breve una escuadra salió de nuestras costas, y se apoderó de la colonia del Sacramento y de otras varias que tenian los portugueses en las orillas del Rio de la Plata. Por otra parte, la Luisiana nos habia sido cedida por los franceses, no sin grave disgusto de sus moradores. Por este tiem-

po tambien se efectuó, á pesar de la apática reprobación de las potencias occidentales, la repartición de la Polonia entre la Rusia, la Prusia y el Austria.

Uno de los primeros cuidados de Floridablanca fué establecer un asiento en nuestras diferencias con Portugal, lo cual consiguió en breve, quedando por nosotros la colonia del Sacramento y las islas de Fernando Pó y Annobon, y mediando entre los dos gobiernos algunas otras estipulaciones. Determinóse tambien una alianza con el emperador de Marruecos y con Hider Ali, soberano de las Indias, y en general fueron mejoradas nuestras relaciones exteriores. En cuanto á la gobernación interior, la administración de Floridablanca es de la que la historia señala como más fecunda en mejoras y establecimientos útiles, demasiado conocidos de todos los españoles, como que de la mayor parte de ellos se están actualmente disfrutando los beneficios.

Ocurrió en aquella época un acontecimiento memorable que, fijando la atención del mundo entero, determinó un estallido de desavenencia entre nuestra nación y la británica: se quiere hablar de la revolución anglo-americana. Despues de algunos preliminares que no atañen al objeto de nuestra historia, los Estados-Unidos de América se declararon independientes el día 14 de Octubre de 1746. Francia reconoció la independencia de los Estados, y España asimismo se declaró contra los ingleses, despues de una serie de tortuosas negociaciones. Uniéronse, pues, Luis XVI, rey á la sazón de Francia por muerte de Luis XV y Carlos III, contra la Gran-Bretaña; coalición inmotivada y perniciosa para nosotros. La guerra tomó desde su principio carácter de marítima: la escuadra de los aliados, á pesar de su fortaleza y superioridad numérica, no hizo nada notable más que la captura de un buque enemigo, mientras que el almirante inglés Rodney se apoderaba sin trabajo de un convoy que navegaba en dirección á Cádiz, cargado de pertrechos de guerra. Estos incidentes y las diversas intenciones de los gobiernos español y francés introdujeron entre ellos algun desacuerdo: aquél queria proceder ante todo al recobro de Gibraltar y Me-



norca, y éste pretendía que antes se cumpliera el objeto primordial de la guerra, asegurando la independencia de los anglo-americanos. A todo esto se había establecido por nuestra parte el bloqueo de Gibraltar, al auxilio de cuya plaza acudió Rodney con una regular escuadra: el mal concierto que reinaba entre los aliados, y la tibieza con que nos acudieron por el lado de Francia, causaron en nuestras fuerzas gran pérdida y desperdicio, y alentaron la fortuna de Rodney. Este, hallando al paso la escuadra de trece navíos que mandaba el general de marina D. Juan de Lángara, la forzó á combatir, lo que hicieron los españoles con singular denuedo y la derrotó completamente, gracias á la desigualdad de fuerzas. En cambio la escuadra aliada se apoderó más adelante de un riquísimo convoy inglés de sesenta velas. La llegada de Rodney había destruido nuestras esperanzas de la inmediata toma de Gibraltar, sobre cuya restitucion mantuvo poco despues nuestro gobierno con el de la Gran-Bretaña secretas é inútiles negociaciones.

En América empezaron á jugar nuestras armas como en los mares de Europa: el hecho más notable por aquella parte fué la toma de Pensacola y de toda la Florida occidental; empresa llevada á cabo por D. Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana y general de las tropas, y el marqués del Socorro, que dirigia las fuerzas de mar. Otra expedicion salida de Cádiz en 1781, cuyas fuerzas combinadas estaban á cargo del duque de Crillon, recobró la isla de Menorca, sin que valiera la defensa del gobernador inglés Murray.

Ufanos con estos logros tanto franceses como españoles, proyectaron nada ménos que desalojar á los ingleses de todas sus colonias en ambas Indias. Para ello los franceses proporcionaron por una parte socorros á Hider Ali, rebelado contra el imperio británico en el Indostan, y por otra parte, enviaron á América una escuadra á las órdenes del almirante Grosse, destinada á obrar en combinacion con nuestras fuerzas: pero el gobierno inglés tuvo noticia de estos designios, y logró con hábil resistencia desbaratarlos, convirtiéndolos en pérdida para los agresores.

El último hecho de que haremos mencion entre los que constituyen la historia de esta guerra, fué el ataque dirigido contra Gibraltar, con tan buenos principios como malaventurado fin. Efectuóse el ataque por mar y por tierra dirigido por el duque de Crillon, terriblemente caracterizado por los fuegos de una especie de buques gruesos y de poco movimiento llamados *baterías flotantes*, y preparados contra los disparos de bala roja: debíase este invento á Mr. d'Arzon, ingeniero francés. Elliot, gobernador de la plaza, se veía ya á punto de capitular por no poder resistir al nutrido fuego de los sitiadores, cuando la casualidad de haberse incendiado uno de los flotantes, y de haber comunicado el fuego de él á los demas, puso término al ataque con pérdida de más de dos mil de los nuestros. La llegada de lord Howe al Estrecho con una escuadra de treinta navíos y un considerable convoy, acabó de desbaratar todos nuestros proyectos. Así fracasó lastimosamente nuestra última tentativa contra Gibraltar.

Vencida así sobre este punto la resistencia española, y deseosa Inglaterra de poner fin á aquella lucha que amenazaba encerrarla dentro de un círculo de enemigos, no se hizo esperar mucho el tratado de pacificacion. Firmáronse los preliminares de éste el 30 de Enero de 1783, y por ellos obtuvo España la restitucion de la isla de Menorca y la posesion de las Floridas, así como Francia las islas de Tabago y Gorea y el derecho de pesca en el banco de Terranova. La independencia de los Estados Unidos quedó formalmente reconocida.

Pocos sucesos militares pueden contarse desde este punto en el reinado de Carlos III. Los principales acontecimientos de de esta naturaleza son: la rebelion del Perú, suscitada en 1781, por D. José Gabriel Condorcaugui, descendiente de los antiguos incas, que tomando el nombre de Tupac Amuru, intentó reconstituir el antiguo imperio de Manco Capac, y fué vencido, preso y ajusticiado en breve; el bombardeo de Argel, repetido dos veces sin mucho daño, no con otro objeto que el de obligar á aquella regencia á que nos pidiese la paz, y alguna que otra disputa de menor cuantía. En



cuanto á las transacciones diplomáticas, las más dignas de memoria son: el tratado de paz y comercio celebrados entre España y Turquía el 24 de Diciembre de 1783, que puso término á los antiguos odios y violencias entre las dos naciones; los tratados de la misma naturaleza celebrados sucesivamente con las regencias de Trípoli, Argel y Túnez; la alianza con Portugal, cimentada por medio del doble matrimonio de doña Carlota, hija del príncipe de Asturias, con D. Juan, príncipe del Brasil, y del infante don Gabriel con la infanta portuguesa Maria Victoria; el tratado definitivo y algo ventajoso para nosotros, concluido con los ingleses el dia 14 de Julio de 1786; nuestras disputas con Holanda sobre el establecimiento de la Compañía de las islas Filipinas, y los disgustos de Carlos III con la emperatriz de Rusia, que solicitaba la adquisicion de un puerto en la costa de Nápoles. Entre las desgracias que acaecieron durante aquel periodo en el seno de la familia real, merecen referirse particularmente la muerte del infante D. Gabriel, muy querido del monarca por su aficion y aptitud para el cultivo de las letras, que murió de viruelas, poco despues que su esposa.

Carlos III falleció el dia 14 de Diciembre de 1788, á los setenta y dos años de edad y veintinueve de reinado. Fué su muerte muy sentida, como de quien habia regenerado con útiles instituciones la faz de España, causando á sus súbditos más provecho que daño. Acaeció su muerte en la aurora de una época de trasformacion social, y por poco que se le hubiera

prolongado la vida, algo hubiera podido ver de los providenciales desórdenes de la revolucion francesa. Sobre su carácter personal ya hemos dicho algo en otra ocasion, sin que haya habido en él otra mudanza que la que ocasiona la experiencia con el trascurso de los años. En este reinado adquirieron gran fomento nuestra industria, comercio y agricultura, fundándose en muchas ciudades escuelas de náutica, consulados y otros institutos de reconocida utilidad. Amplióse el comercio de América, si bien no prosperó mucho el nuestro con otras naciones: fundóse el Banco nacional de San Carlos, y destruyóse en cuanto era posible, el desprecio con que se miraban las artes mecánicas y ciertas profesiones liberales.

Los estudios florecieron mucho á la sombra del patrocinio real, y descollaron en ellos muchos varones eminentes, tales como Tofiño, Flores, Nicolás Antonio y Jovellanos. La literatura nacional, modelada entonces sobre la francesa, está representada honrosamente por los nombres de Isla, Jovellanos, Cadalso, Gonzalez, Samaniego, Iriarte, los Moratines, Ayala, Huerta, Melendez Valdés y otros muchos. La arquitectura se enriqueció con una porcion de monumentos, mayor que en ningun otro reinado, y demasiado conocidos para que nos detengamos en su enumeracion: la escultura siguió la misma marcha que su compañera; pero la pintura, á pesar de la proteccion que se le dispensó, no está representada en este periodo por genios superiores.